

na, como Médico cura, como Maestro enseña». Á Nabucodonosor castigó, y á los ninivitas intimó por el Profeta Jonás la sentencia de su destrucción, y todo para que se corrigiesen. De lo cual espantado el mismo Santo, dice: «¡Oh maravillosa cosa, y muy nueva! El pregón del Profeta que amenazaba muerte á los ninivitas les fué causa de vida. Por el mismo caso que se pronunció la sentencia, ella misma se invalidó. Al contrario de otros jueces, los cuales hacen averiguación de la causa, para que su sentencia sea válida y firme: mas en Dios el pronunciar la sentencia la hace inválida: porque si no la pronunciara, no la oyeran los pecadores; y si no la oyeran, no hicieran penitencia, y no haciendo penitencia, no se escaparían del castigo y pena». De suerte que aun grandes castigos en esta vida, rigores y amenazas, suelen ser efectos de una inmensa Clemencia de Dios y deseo de perdonarnos y curar las llagas de nuestras almas; porque, como dice Salviano ¹, «así como los excelentes y diestros médicos y cirujanos aplican á diferentes enfermedades diverso modo de curar, y á unos dan medicamentos dulces y á otros amargos; á unos les abrasan con cauterios, á otros les regalan con unturas; á unos cortan rigurosamente con hierro las carnes, á otros sólo derraman aceites blandamente, y con tan diferentes curas buscan una misma salud, así Dios Nuestro Señor, cuando con plagas terribles nos reprime, nos cura con contrarios, y rigurosas secciones; cuando nos alienta con prosperidades, nos consuela como con aceite y confortativos, y por diversos medios nos quiere llevar á una misma salvación. Suele también corregir la blandura á muchos esclavos que no les aprovecharon los castigos; y á los que no sujetaron los azotes, rinden los beneficios; y á algunos muchachos contumaces que las amenazas y castigos no

¹ Salvian., lib. 6, *De Prov.*

los hacen bien criados, con las caricias muchas veces vienen á ser obedientes».

CAPÍTULO IV

La Hermosura de la Gracia y Santidad está en Dios substancialmente. Trátase de la Santidad divina.

I

Sobre la hermosura de la virtud, que tanto admiraron los filósofos, celebran los Santos la hermosura de la Gracia y Santidad, que realza á la misma virtud á un sér sobrenatural y divino; y así hace más ventajas á la hermosura natural de la virtud que hay del cielo á la tierra; porque la gracia es la mayor belleza de las criaturas, y tal, que si se viera como es en sí, no cupiera el alma de gozo y admiración; antes, como dijo Cristo á Santa Brígida ¹, no la pudiera sufrir uno si no fuese milagrosamente confortado. Pues esta Hermosura ², «¿cómo puede dejar de estar en Dios substancial y eminentísimamente, pues toda la belleza de la gracia y santidad es por ser un rayo y participación de la naturaleza divina? ¿Cuál será Dios, pues es la misma gracia esencial y la santidad substancial? Porque si por ser la gracia criada un accidente, que con modo singular es participación de Dios, es tan hermosa, ¿cómo será Dios, pues es la misma substancia y esencia de la santidad, y la fuente de la misma gracia? Admiró tanto á la Esposa la belleza que por esta parte tenía su divino Esposo, que exclamó diciendo ³: «Tú eres Hermoso, Amado mío». Declaró estas palabras el Caldeo, leyendo: «¡Cuán hermosa es la Majestad de tu Santidad!» atribuyendo á la Santidad divina, no sólo Hermosura, sino Majestad, porque

¹ S. Bríg., lib. 2, *Revelat.*, cap. 18. ² V. Curs., *Teolog. Carmel.*, l. p., tract. 2, *De vis.*, disp. 3, dub. 2, par. 3. ³ Cant. 1, 16.

no hay en Dios cosa mayor ni más bella. ¡Oh, quién pudiera decir: cuán Hermoso es nuestro Criador, por ser el Santo de los Santos! que si bien todos sus atributos son admirables y le hacen Hermosísimo, éste de la Santidad con mucha particularidad significa toda Pureza y Hermosura. Y sin él (como pondera San Gregorio Nacianceno) fuera sin provecho la divinidad imperfecta y menoscabada, y así dice ¹: «¡Qué utilidad hubiera de la divinidad imperfecta? ¿Y qué divinidad fuera la imperfecta? ¿Y cómo fuera perfecta, en la cual se deseara algo para su perfección? Y sin duda se deseara si careciese de santidad». Porque es la santidad como el complemento de las perfecciones divinas; porque todas, sin suma santidad, no fueran sacrosantas ni tan dignas de la religión y culto sacro y religioso que á un Dios Santísimo se debe. Mas con sola su Santidad infinita y esencial sería Dios venerado, y sacrosanto y estimabilísimo; y así es tan grande este atributo, como se nos da á entender en una de las admirables visiones que tuvo San Juan Evangelista ². Vió que estaban delante del Trono de Dios cuatro soberanos espíritus de los más sublimes, todos llenos de ojos por todas partes, aclamando á Dios por Santo, repitiendo de día y de noche estas palabras: «Santo, Santo, Santo», para dar á entender lo mucho que se admiraban desta Hermosura de la Santidad divina, que por ser tan inmensa se hacían ojos para verla, y no les parecían bastantes aunque todos ellos fueran ojos, ni se daban por satisfechos, porque no cabiéndoles en su capacidad el gozo que sentían, prorrumpan en aquellas voces y aclamación de la Santidad de Dios.

Este mismo pasmo de la Hermosura de la Santidad divina tenían otros serafines que vió el Profeta Isaías, los cuales de la misma manera aclamaban: «Santo, Santo,

¹ Nazianz., orat. 34.

² Apoc., 4.

Santo»; pero en lo demás estaban con mucha diferencia de los pasados, porque los espíritus que vió San Juan estaban llenos de ojos; los serafines de Isaías no; antes se tapaban los ojos con dos alas, de modo que no podían ver el rostro de Dios; mas con otras dos alas que tenían junto al corazón estaban volando, teniéndolas extendidas. Toda esta diferencia viene á parar en una misma admiración de la Santidad del Criador, así en el quererla contemplar los unos con tantos ojos, como en el darse los otros por vencidos con cubrir su vista; porque es tan admirable, que para satisfacer su deseo quisieran un millón de ojos; para alcanzar su comprensión, todos los ojos del mundo son como si no fuesen. Mas lo que el entendimiento no basta para comprender, la voluntad se desahoga en amar; y así aquellos altos serafines explayaban las alas de la voluntad, aunque encogían las del entendimiento; enseñándonos en esto cómo hemos de procurar más el amor desta Hermosura divina que presumir su comprensión.

Fuera desto, nos enseñaban estos soberanos espíritus cómo hemos de aspirar á la Santidad divina, procurando imitarla, que con ser el atributo celebrado por más alto y más digno de Dios, es al que nos convida con su imitación; y así dijo ¹: «Sed santos, porque yo soy Santo». No nos exhorta á ser poderosos, porque Él es omnipotente; no á estudiar, porque Él es sabio; no á vivir mucho, porque Él es eterno, sino sólo á ser santos, porque es Santo. Por esto los serafines de Isaías estaban anhelando con el corazón é hipando con la boca, por la Santidad divina; y los espíritus que vió San Juan se hacían ojos para mirarse con todos ellos en el clarísimo espejo de toda Santidad.

Tiene esta gloria de ser Santo Dios grande excelencia, porque es tan única del Sér divino, que no se puede co-

¹ Lev., 11.

municar á naturaleza alguna, si no es elevándola á orden sobrenatural y divino. De manera que pudiendo ser un hombre fuerte, y un angel invisible, y un querubín sabio, y un serafín incorruptible é inmortal, quedándose en su propia naturaleza sin elevarse á grado superior, no puede ser Santo sin que le ensalcen y saquen de su bajeza, levantándole á un orden divino. Aun en el mismo Dios, dijo San Ambrosio, no hay cosa mayor que ser Santo. Por eso los serafines y querubines para alabarle, le aclaman de Santo. «Y nosotros también, dice San Ambrosio, no hallamos cosa más preciosa de que podamos alabar á Dios, sino es llamarle Santo; y cualquier otra cosa menos es que Dios, menos es que el Señor»¹. Lucifer serafín era; pero después de caído de la gracia y haber perdido el amor de Dios, le llama la Sagrada Escritura *querubín*, porque el nombre de serafín denota el ardor del amor divino: el de querubín significa eminencia en ciencia. Pues en un demonio bien puede haber que sea muy científico, ingenioso, sabio, no que ame á Dios y sea santo. Cualquier otro título puede haber en la criatura dentro de su esfera natural; el de santo no, sino que esté realizada sobre sí misma en un orden divinísimo, por lo cual no anduvo largo Santo Tomás en decir que «era mejor ser justo que ser hombre»; porque no digo mejor que ser hombre, sino que es mejor que ser ángel, considerada su naturaleza; ni digo sólo mejor que ser hombre ángel, sino mejor que si les hiciera Dios al hombre y ángel inmensos, impasibles, inmutables y omnipotentes, si no fuesen justos y santos.

¹ Ambr., libr. 3 *De Spir. Sanct.*, 18.

II

Para entender este atributo divino se ha de suponer lo que es la Santidad, según San Dionisio, el cual dice¹ que es «una pureza libre de todo pecado, totalmente perfecta, y por todas partes inmaculada». Pues esta pureza tiene Dios por su misma esencia y substancia; porque si las criaturas la participan por allegarse á Dios por amor, claro está que en Dios está la fuente y forma de toda santidad. Y así es tan grande su sacrosanta impecabilidad (como considera un devoto), que por ningún caso, ni en algún acontecimiento puede hacer cosa contra razón, ni una mínima imperfección, ni tener un movimiento desordenado, aunque más ocasión le den las criaturas, ni aunque más con las abominaciones y pecados que hacen le dan en los ojos (cosa tan contraria á su pureza y santidad), nada le moverá á hacer cosa desordenada, ni alterarse de nada; con ser tantas y tan grandes las ofensas y pecados que contra Él se hacen, tantos los enojos que le dan, tantas las descortesías que con Él usan los hombres, nunca tiene por ello ni un movimiento descompuesto, ni una cólera demasiada, ni un átomo de rencor, ni malquerer que exceda un punto de la razón. El querer con suma y sapientísima justicia castigar lo malo para purificarlo y limpiarlo, eso sí; pero otro celo que no sea de justicia santa y pura, ni cosa que huela á rencor, ni hacer un mínimo desorden, ni le hay, ni le puede haber en este Señor. De suerte que ningunos agravios que le hagan le alteran á que haga cosa indebida; y ningunos bienes que le quisieran ó pudieran hacer los hombres, los ángeles, ó todas las criaturas, ningún deleite, ninguna oferta ó comodidad

¹ Dionys., c. 21. *De Divin. nomin.*

que le pudieran dar, nada le moverá ni puede mover que haga cosa imperfecta ó indecente. De manera que si, por posible ó imposible, le viniera algún acrecentamiento al Sér que tiene y á la Majestad divina gloria y grandeza más de la que posee, porque hiciera una mínima imperfección, ni la hiciera ni la pudiera hacer; y aunque le dieran de nuevo el ser Dios, ó le dieran más divinidad de la que tiene (si algo deso fuera posible, que no lo es), ó si el tener la gloria y bienaventuranza que tiene dependiera de hacer una mínima cosa contra razón, de tal suerte que, á no hacerla, le pudieran privar de su divinidad (que todos son imposibles), ni eso ni otra cosa imaginable le pudiera mover á que hiciera una mínima falta. No sólo el darle bienes, pero ni el afligirle con males le pudiera mover á ello; y aunque fuera capaz de padecer algún mal, ó todos los males y penas del infierno, y todas las posibles por su omnipotencia, y con todas pudiera ser afligido si no se rendía á hacer una acción la más mínima contra razón y justicia, antes tomara el padecerlo todo (si ser pudiera) que hacer cosa mal hecha. ¡Oh rara impecabilidad, que ni el darle la gloria, ni el quitársela, ni el infierno, ni bien, ni mal alguno, pudiera blandear aquella voluntad divina para que haga cosa desordenada! Pues ¿cómo te quejas de que te da pocos bienes en esta vida? ¿cómo de la falta de salud? ¿No ves que es murmurar secretamente de su Majestad divina, y acusar á la misma justicia, y calumniar á la misma razón, de la cual no se puede apartar Dios? De aquí parece aprendió San Pablo cuando dijo que no había cosa alguna en este mundo que le pudiese á él mover á hacer un pecado y dejar la caridad, ni aun el darle la gloria porque lo hiciese, ni el echarle en lo profundo del infierno si no lo hacía, que eso quiere decir: «No nos apartará de la caridad criatura alguna, ni la altura (esto es, el cielo),

ni el profundo (esto es, el infierno)»; de aquí, pues, lo aprendió, desta pureza é impecabilidad divina. ¡Oh dicha grande la nuestra, tener tal Dios, tal Dueño y tal Señor, que por ninguna parte que le consideren, ni por males que le hagan, ni por bienes que le den, por ninguno hará un desorden. Pues siendo este Señor nuestro Padre, que nos comunicó el sér con su aliento, y siendo nosotros sus imágenes y semejanzas vivas que nos pintó Él de su mano, y nos retrató, ¿cómo es que con todo eso no nos parezcamos á tan perfecto Padre, sino que somos un abismo de pecados, y un manantial de vicios, pecando de todos modos? No hay cosa en nosotros con que no pequemos, con los ojos, con los oídos, con la lengua, con las manos, con los pies, comiendo y bebiendo, hablando, estando, andando y de todas maneras. ¡Gran miseria la nuestra, y suma esclavitud al pecado! Pero consuélase la criatura, que si en ella están todos los males, su Dios está lleno de todos los bienes, que se los comunicará, y limpiará algún día de tanta miseria; cuya santidad y pureza es tal, que respecto della todas nuestras santidades son (según dijo el Profeta) como paños sucios y hediondos. Considérense las virtudes heroicas de los Anacoretas, las virtudes y amor de los Mártires, las vidas santas y puras de tantas almas como Dios ha criado, la santidad y pureza de los nueve coros de los Ángeles, y en ellos el de los Serafinos, que están abrasados, penetrados y casi convertidos en santidad, en pureza, en amor y en perfección; la pureza de la Virgen Santísima, que excede con grandes quilates á todos ellos en santidad y virtud; y lo que más es, la santidad criada de la Humanidad de Cristo nuestro bien, tan rara, tan sin igual: con todo eso, esa santidad toda y toda la que la omnipotencia de Dios puede criar, es una pequeña gota de agua respecto de aquel mar inmenso é

infinito de santidad que hay en Dios y en su Sér divino. Por eso con gran razón y misterio nos da á entender el mismo Señor que se precia más de su santidad que de otra perfección ó atributo (aunque todos son infinitos), pues el motete que quiere le canten los ángeles siempre es *Santo, Santo, Santo*. Donde es mucho de notar que nunca varían la letra, habiendo tanto en que remudar, y no le cantan sabio, rico, omnipotente, hermoso, entendido, ú otros infinitos loores que tiene, sino Santo y más Santo; para significarnos lo mucho que hay de santidad en Él, pues por toda su eternidad habrá que decirle Santo, Santo, y lo mucho que se precia de serlo, deseando que nos corramos nosotros de que teniendo un Padre tan santo no procuremos mucho serlo, como nuestro Padre lo es, y aprendamos á preciarnos, no de fuertes, no de sabios, no de ricos, sino de santos.

III

Llámase Dios Santo de muchas maneras, por ser su esencia el fundamento y raíz de toda santidad y pureza; también porque es Dios el objeto de toda santidad, pues por la semejanza, amor, junta y unión con Dios, son santos todos los que lo son, ángeles y hombres; fuera desto, porque es Dios la regla y forma de toda rectitud, y Él es la ley eterna en cuya conformación consiste la santidad; finalmente, se dice y es Dios Santo y Santísimo, formal y substancialmente, por ser la suma pureza, la suma impecabilidad, el sumo ajustamiento á toda razón y ley eterna, ó, por mejor decir, á sí mismo, esto es, por ser Él quien es, conviene á saber, el mismo Dios; porque la forma de la santidad es la pureza, y la mayor pureza de afecto es el amor de Dios; porque es llegarse á aquello que es en sumo grado purísimo. Por lo cual, como Dios sea el amor de sí

mismo más cabal que puede ser, es la mayor santidad que es posible ni imaginable; y porque se ama infinitamente, es infinita su Santidad. Con razón el Espíritu Santo, que es el Amor de Dios, tiene en su mismo nombre incluído el título de Santo, en el cual notó San Ambrosio ¹ que está una gran particularidad, que «su nombre es la gloria de Dios, porque así se alaba el Padre, y así se alaba el Hijo, como se nombra el Espíritu Santo». Quiere decir, que lo que es simple nombre del Espíritu Santo, es alabanza y encomio en las otras dos Personas divinas. Esta misma Santidad tiene Dios en todas sus obras, conforme á lo que dijo el Profeta ²: «Justo es el Señor en todos sus caminos, y Santo en todas sus obras». Porque como no hizo criatura ni hace obra alguna que no sea por su gloria y amándose á sí mismo, viene á ser que en todas las criaturas y en todas sus obras sea Santo y Santísimo, pues las ajusta todas á la rectitud de la ley eterna, que es Él mismo; porque su santísima voluntad tan perfectamente quiere, y su omnipotencia tan perfectamente obra, cuan perfectamente conoce su Sabiduría y dicta su Justicia que se debe obrar. Ni es menos perfecta la ejecución de sus obras que cabal el dictamen de su prudencia. Ni su voluntad abraza menos el bien que su entendimiento le comprende. De aquí es que gusta infinitamente de toda rectitud y justicia, y detesta infinitamente á todo pecado; porque como tiene un inmenso amor á la virtud, tiene también un inmenso odio al vicio, y como ama necesariamente á su bondad aborrece necesariamente á la culpa, que es la contraria, y así la hace castigar con sumo rigor el amor infinito que tiene á la pureza, á la rectitud, á la inocencia y á toda justicia. Bien se echa de ver esta infinita Santidad de Dios por el infinito odio que tiene al pecado, pues siendo Dios la suma suavidad y bon-

1 Ambros., supra.

2 Psal. 144.

dad, le castiga tan severamente, que priva al que está en pecado mortal de un bien infinito, que es la posesión del mismo Dios; condénale á tormentos infinitos en cuanto á la eternidad dellos; y aunque uno tuviese merecimientos infinitos en número, no reparara en condenarle á fuego eterno por sólo un pecado mortal que hiciese; y sobre todo quiso que muriese su Hijo (cuya vida era de infinita estimación) por el pecado del hombre. Muy al revés lo hacen los hombres, bebiéndose los pecados como agua, como dice la Escritura; y si la falta está en el amigo, aunque sea contra justicia la disimulan; si en sí propios, la excusan de mil modos. Mas la suma Santidad de Dios no se aparta un punto de la razón, ni su inmensa pureza de la justicia.

A tan Santo Dios reverenciamos con pureza y santidad; Templo suyo es este mundo; Sagrario suyo es nuestra alma; en todas partes le tengamos reverencia, y en nuestro corazón guardemos limpieza. Miremos á todo este universo como santificado con la presencia de un Dios tan puro y santo, no permitiendo inmundicia de afecto donde descansa la suma pureza. Al que es Santo de los Santos reverenciamos con santidad, con reverencia y atención, con corazón puro, con ánimo humilde, con devoción atenta. Sólo para que sirviesen unos mancebos al Rey de los caldeos se aseaban, purificaban y hermoseaban largo tiempo. Para gozar de un Dios Omnipotente y Santísimo, para amarle, ¿qué limpieza de corazón, qué pureza de alma me bastará? ¡Oh Santo Dios, Santo de los Santos! pues sois toda Santidad, porque os amáis, dadme que os ame, concededme la Santidad de vuestro amor, que ni ame á criatura más que á Vos, ni fuera de Vos, y que á Vos os ame por lo que sois, por vuestras infinitas perfecciones, porque sois el Santo de los Santos, procurando imitar vuestra infinita Santidad huyendo de toda culpa, por mínima que sea y

ejercitando toda virtud, por dificultosa que la sienta. ¡Oh Dios mío, espejo de pureza, ejemplar de toda impecabilidad, dechado de toda rectitud, forma y norte de toda caridad! ¡Quién tuviera para serviros la santidad de todos los santos Serafines que os están aclamando por Santo! ¡Oh Santísimo Dios, que sois Santo, y Santo, y Santo, y todo Santo! ¡Quién fuera santo y más santo para amaros! ¡Quién fuera puro y más puro para gozaros! ¡Oh, quién tuviera la pureza de las Vírgenes, la paciencia de los Mártires, el celo de los Doctores, la penitencia de los Confesores, la fe de los Profetas, la esperanza de los Patriarcas, la caridad de los Apóstoles, la pureza de los Ángeles, la santidad de las más encumbradas Jerarquías, para adoraros por mi Dios, para amaros como á mi Padre, para serviros como á mi Señor! ¡Oh gran Dios! ¡Oh purísimo Dios! ¡Oh Santísimo Dios! ¿Qué es lo que oigo que me exhortáis, que sea santo como Vos sois Santo? ¿Cómo mi vileza podrá imitar vuestra pureza? ¿Cómo el que más peca se podrá hacer semejante con el que más se ajustó á la ley de toda razón y virtud? ¿Cómo el pecador de pecadores podrá parecerse al Santo de los Santos? ¿Es posible, Señor, que esto queráis? ¿que cosa tan dificultosa me mandéis, y tan imposible á las fuerzas de mi naturaleza pecadora, y flaca, y deleznable, y corrupta? Pero, Señor, es á vuestra gracia posible lo que á mi naturaleza imposible. Levantadme Vos de mi miseria á la esperanza de vuestra misericordia, de mi malicia á la semejanza de vuestra impecabilidad, y de mis pecados á la imitación de vuestra Santidad. Concededme esta gracia, Dios mío, por vuestra gran misericordia, por vuestro grande amor, por vuestra infinita Santidad.